

Agustín Squella

Recuerdo de José Echeverría

Era precisamente en esta época, durante el verano chileno, que solía encontrarme con José Echeverría, casi todos los años, cuando él viajaba desde Puerto Rico hasta nosotros. Recuerdo un hotel semioculto en medio de los árboles de una de las calles laterales del cerro Santa Lucía, donde él acostumbraba parar en esos viajes, y del que emergía casi como una figura de otro tiempo, con corbata de lazo y sombrero fino tejido de paja. Pero bastaba hablar con él un par de minutos para descubrir que a esa apariencia de otro tiempo se sumaba en lo hondo una identidad que era perfectamente del tiempo nuestro.

No lo conocí lo suficiente, porque esos encuentros y conversaciones fueron breves y esporádicos. No sé bien, en consecuencia, quién era realmente José Echeverría. Sin embargo, puedo decir que, además de su modo elegante de hablar y de escribir, me atrajeron en él algunos rasgos difíciles de encontrar: amabilidad, brillo, nobleza, ilustración, gusto por el oficio de pensar y cierta serenidad, posiblemente adquirida, con la que controlaba viejos procesos de duda y conmoción que bullían en su interior.

Decir que era, además, distingui-

do, eso que alguna vez se llamó un caballero, sería decir quizás un anacronismo, pero la verdad es que también concurrían en él esas dotes de gentileza, flema y buen trato que, unidas a las dosis justas de reserva y distanciamiento, hacen de una persona un bien a la vez entrañable y ligero.

En otro hotel de los 60, ubicado en la parte oriente de la ciudad, coincidimos en 1988 para hablar sobre la cultura jurídica chilena en un seminario que reunió a un buen número de especialistas. Era nuevamente verano y casi puedo ver todavía a José Echeverría tomando algo de café a la sombra de unos imponentes eucaliptus, mientras respondía con especial solicitud a los requerimientos de conversación que le hacíamos varios de los presentes. Tuve, entonces, la sensación algo perturbadora de que él nos pertenecía tanto como no nos pertenecía. Con esto quiero decir que personas como él hacen parte indudable de lo que podría ser nuestra identidad como país, aunque no tengan propiamente mucho que ver con el paisaje más tangible de Chile y su gente. Ignoro cómo podría expresarlo mejor, pero había en José Echeverría algo al mismo tiempo único y común.

En sus intervenciones en ese se-

minario, José Echeverría avanzó una idea pertinente. Dijo que la falta de una auténtica formación ética en nuestras Facultades de Derecho podría hallarse en directa relación con la ausencia en ellas de una adecuada enseñanza de los derechos humanos. Avanzando un tanto más en esa misma dirección, uno podría añadir que allí puede estar una de las causas de que muchos de nuestros jueces y abogados no percibieran entonces la magnitud jurídica y moral de las violaciones que en materia de derechos humanos acontecieron en el país.

José Echeverría enseñó Derecho y Filosofía en Chile, Ginebra y Puerto Rico, donde murió en 1996. Haríamos bien ahora en volver sobre su obra escrita y avivar la huella de su pensamiento.

Es cierto que no tendremos otros veranos con José Echeverría. Este mismo que estamos pasando no lo cuenta ya entre nosotros. Sin embargo, habernos reunido hace pocos días en la U. de Chile para recordarlo restableció, de algún modo, su figura perdida y el eco de su palabra inteligente y amable.

Era y no era de aquí, pero es aquí donde tenemos el deber de continuar mirando y cuidando su obra.